

Newton Compton Editores

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes y sucesos son fruto de la imaginación de la autora y se han utilizado con fines meramente ficticios. Cualquier parecido con personas reales, en vida o fallecidas, o sucesos es pura coincidencia.

Título original: *The Fifth Guest*

© 2023, Jenny Knight

© 2024, de la traducción por José Monserrat Vicent

© 2024, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: abril de 2024

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

Pl. Urquinaona, 11, 3.º 1.ª izq. Barcelona, 08010 (España)

www.newtoncomptoneditores.com

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-19620-56-9

Código IBIC: FA

DL: B 21.211-2023

Diseño y composición de interiores:

David Pablo

Impreso en abril de 2024 en Puntoweb s.r.l., Ariccia (Roma), en Italia.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

Jenny Knight

El quinto invitado

Traducción de José Monserrat Vicent



Newton Compton Editores
Barcelona, 2024

Para Shell. Gracias.

Extracto de la *Gaceta de Londres*

¡La herida más de clase media de todos los tiempos!

Al igual que hay médicos que piden que los aguacates vengan con una advertencia de que pueden ocasionar cortes, un nuevo peligro para la salud ha hecho cundir el pánico entre la clase media de los barrios de las afueras: una humilde tabla de quesos.

Durante una cena en el frondoso barrio de Barnes, al suroeste de Londres, un invitado fue presuntamente agredido en el estómago con un cuchillo de queso de plata ornamentado, un cuchillo que se suele usar solo para algo tan inofensivo como cortar un buen trozo de *brie*.

CARO

Caro iba de camino al gimnasio cuando le llegó la invitación. El cartero se la entregó junto a una factura y un catálogo de ropa. Ambos intercambiaron los comentarios habituales sobre el tiempo maravilloso que hacía y el ruido de los obreros que estaban a tres portales de allí. En circunstancias normales, Caro se habría subido al Lexus, habría sudado durante la clase de Body Pump y se habría pasado una hora en una cafetería averiguando las jerarquías del grupo que iba a tomar un capuchino al terminar la clase.

Sin embargo, en ese instante, se quedó en la casa y se sentó en el tercer escalón de la escalera con el sobre de aspecto caro en las manos mientras estudiaba el blasón que venía grabado en relieve en el papel de 140 gramos.

El labio inferior le sudaba.

Le dio la vuelta al sobre, se planteó dejarlo en el aparador y salir a la calle para proseguir con su día, pero sabía que la curiosidad morbosa y acuciante no le permitiría ser productiva. De modo que lo abrió a toda prisa, sin ceremonias, desgarrando el grueso papel sin cuidado, a propósito.

**Lady Bellinger desea tener el honor de contar
con la presencia del señor Brian Carmichael y su esposa
en la ceremonia de inauguración del monumento
a sir Charles y Henry Bellinger el domingo 15 de julio
en el N.º 6 de Riverside Gardens, Chiswick.**

**POR FAVOR, TENGA EN CUENTA QUE DEBERÁ PRESENTAR
LA INVITACIÓN PARA ACCEDER AL RECINTO.**

Caro observó la elegante fuente negra durante un tiempo que, más tarde, no sabría determinar; podrían haber sido segundos o la mitad de la mañana, mientras la vista se le emborronaba cada poco tiempo.

Una inauguración de un monumento... No se le ocurría nada peor que plantarse en el césped cuidado del hogar de los Bellinger a escuchar un discurso tras otro mientras esperaba a que desvelaran una réplica de Henry a tamaño real que la observaría desde las alturas como si fuera el mismísimo Jesucristo.

Caro se puso de pie y expulsó el aire despacio. Daba la impresión de que Henry Bellinger la perseguía allá donde fuera, siempre presente en su visión periférica. A veces le parecía verlo de refilón cuando iba en autobús o cuando estaba en el aeropuerto. Veía unos hombros anchos, o quizá unos ojos risueños y unos hoyuelos. Sin embargo, luego esa persona que se parecía a él se ponía en pie y resultaba ser demasiado bajo, o tenía los dientes torcidos, y aquel Henry volvía a convertirse en un desconocido que estaba subiéndose a un avión.

Caro se apoyó en el pasamanos y la madera tallada se le clavó en la espalda. Volvió a leer la invitación. Riverside Gardens. No quedaba demasiado lejos. Se preguntó a quién más habría invitado lady Bellinger. Era evidente que, si el nombre de Caro estaba en la lista, también lo estarían los de los demás; aquella vieja bruja jamás le habría dispensado un trato privilegiado solo a ella. Entonces se imaginó al secretario privado de la señora Bellinger volviéndose loco, tratando de localizarlos a todos.

Durante un instante se planteó rechazar la invitación educadamente, inventándose que ya tenía un compromiso previo, y sintió un breve alivio. Sin embargo, se negaba a darle aquel gusto a lady Bellinger.

La puerta principal se abrió. Se trataba de Mary-Anne, la limpiadora de Caro.

—Ay, señora Carmichael —le dijo, sorprendida, al verla en la entrada—, no esperaba que estuviera en casa.

–No, no, si ya me iba. Perdona, Mary-Anne.

Nerviosa por que la hubieran pillado desprevenida, y que encima lo hubiera hecho la limpiadora, como si su jefa se la hubiera encontrado durmiendo en el trabajo, Caro cogió la mochila del gimnasio y las llaves a toda prisa y dejó la invitación.

–¿Va todo bien, señora Carmichael? –le preguntó Mary-Anne, acercándose a ella como para ayudarla.

–Estupendamente. De maravilla. –Caro recogió sus cosas y se vio de refilón en el espejo del pasillo. Tenía buen aspecto; quizá estaba un poco más pálida de lo habitual, pero no había ni rastro del nerviosismo que se había apoderado de ella–. Ya dejo de molestarte, Mary-Anne. Haz tu magia.

Y, dicho esto, salió por la puerta.

Fuera, el aire del río y el humo del tráfico la sacaron de su ensimismamiento. No se amedrentaría ante la situación, pensó mientras se dirigía hacia el coche. Se enfrentaría a ella con la cabeza bien alta. «Desapegarse de las cosas es fácil, Caroline. Solo tienes que imaginarte que estás interpretándote a ti misma en una obra de teatro». Aquella técnica era un legado de su madre, para que aprendiera a ocultar sus emociones. Era uno de los numerosos trucos que le había enseñado para pescar a un marido rico. Sin embargo, en esta situación, Caro sentía que iba a necesitar una armadura mejor, quizá algo que la protegiera de las miradas furtivas del resto de los invitados, los murmullos cargados de compasión, la tristeza de ver la vida que no había tenido o, como mínimo, la indiferencia altiva de lady Bellinger.

Cuando Caro abrió el coche con el mando, se le ocurrió que a lo mejor podía organizar una cena la noche de antes, que quizá podía reclutar a algunos de los actores principales para contar con refuerzos. Incluso podría invitarlos a pasar la noche; a fin de cuentas, su casa era la que quedaba más cerca de la de los Bellinger. Así podrían presentarse en grupo. Comprobó la agenda y vio que el sábado 14 de julio tanto su marido, Brian,

como su hija mayor, Bethany, cenarían en el Barnes Rugby Club. Estupendo.

Entró en el Lexus y se acomodó en el asiento de cuero de color crema, satisfecha por que todo estuviera saliendo a pedir de boca. De repente la idea no le pareció tan terrible. Celebraría una cena fantástica con viejos amigos durante la que revivirían los años de juventud. Aquello le recordó las tardes húmedas que había pasado navegando por el río; los cuerpos atléticos tostados por el sol; los cócteles dulces en copas pegajosas y los bailes cubiertos de sudor al ritmo de los temas de la época de la uni; la adoración; los rostros alegres y despreocupados, llenos de esperanza e idealismo; las noches que no se pasaba en vela mirando el techo; todas aquellas promesas.

Al comprobar la agenda del teléfono se encontró con el número de George Kingsley. Lo último que sabía Caro de él era que acababa de mudarse a Henley-on-Thames, que Audrey (su mujer) estaba embarazada y que él trabajaba en una empresa mediana de gestión de activos de Londres. Usaba expresiones como «ir a por todas», y se había convertido en la clase de hombre que Caro se había imaginado. George era de los que mantenían el contacto con todo el mundo.

Caro reescribió el mensaje de WhatsApp cinco veces hasta que le pareció que sonaba lo bastante despreocupado:

George, hace mil que no nos vemos. Estaba pensando en organizar una cena antes del homenaje; así me cuentas un poco cómo van estas cosas. ¡Jamás he ido a un evento igual! Dime cómo te viene. Yo estoy en Barnes, así que puedes quedarte a dormir si quieres. Besos, Caro.

Ya se notaba mucho mejor. Comprobó la hora en el reloj; no iba a llegar a la clase de Body Pump, pero al menos podría pasarse luego a por el café. Puede que incluso se pidiera una copa de vino. Caro intentaba no beber entre semana, pero, como le había señalado una de las madres en la puerta del colegio, el jueves ya era casi fin de semana.

El Lexus zumbaba por la carretera. George respondió al mensaje en cuestión de unos pocos minutos. La voz robótica del coche se lo leyó.

¡Caro! Había oído por ahí que ya habías vuelto de Suiza. Me parece genial lo de la cena. Estas cosas siempre provocan una sensación agrídulce; se acaban complicando mogollón. Travis iba a quedarse a dormir conmigo; ¿te importa que venga? La verdad es que sería estupendo que nos tomáramos una copa y nos pusiéramos al día sin tener que preocuparme por si se despierta el niño. Besos, G.

Caro detuvo el coche en el aparcamiento del Virgin Active y repasó la lista de invitados. No es que Travis Lawrence-Dixon le cayera demasiado bien, pero no pasaba nada, podía hacerle un hueco.

Abrió la puerta. El sol brillaba. Caro se puso las gafas de sol, cogió el bolso de la mochila del gimnasio y se dio cuenta de que, con las prisas, se había llevado consigo la invitación. De repente fue como si Henry Bellinger estuviera en el coche, observándola desde el asiento de cuero suave con esos ojos risueños suyos.

Caro sintió que se le cerraba la garganta y que le hormigueaba la piel. No quería verse obligada a volver al pasado. Tenía una nueva vida, una vida que se había ganado peleando con uñas y dientes. El picor se intensificó y le entraron ganas de arrancarse la cadena de oro y la camiseta ajustada de licra. No soportaba que le recordaran que habría podido tener una vida distinta. Con la cara encendida y sudorosa, se notaba a punto de comenzar a hiperventilar cuando un coche hizo sonar la bocina.

Su compañera del gimnasio, Fliss Wechsler, la saludó mientras daba marcha atrás con su Audi y logró evitar que a Caro le diera un ataque de pánico.

Caro alzó una mano temblorosa. El corazón dejó de martillarle el pecho. Sintió que el terror se desvanecía. Tenía muy claro que necesitaba una copa de vino. Menos mal que a Fliss también le gustaba beber; seguro que se apuntaba a una copa de Chablis frío.

Caro estiró la mano y recogió la invitación con tanta inseguridad que se sintió tonta. Le dio la vuelta y la leyó de nuevo. No era más que un pedazo de papel. No podía causarle ningún daño. Lo que no te mata te hace más fuerte y blablablá...

Cuando la guardó en el bolsillo lateral de la mochila, notó con los dedos el relieve con el nombre de los Bellinger y, mientras bajaba del coche para saludar a Fliss, tomó nota mental de que Brian y ella también tenían que personalizar su material de oficina.

LILY

Cuando Lily Enfield recibió la invitación a la ceremonia de inauguración del monumento a Henry Bellinger, le pidió una cita de emergencia a su psicóloga.

–No quiero ir –le soltó a bocajarro–. Solo me han invitado por lo del libro.

No hacía mucho que Lily había entrado en la lista de los más vendidos del *Sunday Times* gracias a un *thriller* sobre una arqueóloga de armas tomar que se veía obligada a convertirse en detective después de que alguien hubiera asesinado a su compañero en una zona inhóspita de la Antártida. A menudo se sentía un fraude en los eventos literarios y en las fiestecillas a las que la invitaban desde hacía poco porque el único parecido entre la protagonista del libro y ella era que Lily también había estudiado fósiles de la Antártida para su doctorado.

–Y luego también está la cena que ha organizado Caro en su casa –añadió, sintiendo cómo el pánico se apoderaba de ella–. Me supera.

La psicóloga miró la invitación y luego a Lily. Dejó que el silencio se adueñara de la estancia.

Lily se quedó lo más quieta posible bajo su escrutinio. Resultaba difícil evitar el contacto visual porque no había nada con lo que distraerse en la consulta. Seguramente fuera algo intencionado. Solía concentrarse en la caja de pañuelos que había sobre la mesita auxiliar y pensaba en todos los clientes que los sacaban a puñados para enjugarse las lágrimas mientras la psicóloga esperaba, paciente. Antaño, a Lily la idea de echarse

a llorar allí le resultaba tan inconcebible como desnudarse ante la psicóloga. Una alfombra con un dibujo geométrico cubría el suelo; Lily lo había observado con tanto detenimiento que hasta se le aparecía en sueños.

–Refréscame la memoria. ¿Quién es Caro?

La psicóloga se quitó las gafas sin montura que llevaba. Lily se había probado unas iguales en la óptica, pero se había sentido demasiado vulnerable.

–La princesita –le aclaró Lily–. Bueno, no es una princesa de verdad. Es la chica con la que quedé en Zúrich.

Lily había ido hasta allí para asistir a un festival de literatura. Caro se la había llevado a un restaurante en una azotea que estaba muy de moda y en cuyo letrero solo aparecían tres puntos porque, como le había dicho ella entonces, ¿quién iba a negarse a ir a un sitio tan moderno que ni siquiera tenía nombre? Pues Lily Enfield. A Lily le aterraban las alturas; había tenido que caminar con los ojos cerrados mientras las guiaban hacia su mesa. Caro había soltado una risita, se había colocado la melena roja por encima del hombro y se había girado para decirle: «No has cambiado nada».

Lily tenía clarísimo que aquello no había sido un cumplido.

–Vale, sí, el festival de literatura –comentó la psicóloga, echándoles un vistazo a sus notas–. De hecho, fue allí donde empezaron los ataques de pánico.

Lily se quedó mirando las gafas, que colgaban sin ninguna clase de cuidado de los esbeltos dedos de la psicóloga y rebotaban mientras ella hablaba. Se preguntó si de verdad le hacía falta comprobar sus notas o si aquello no era más que una táctica.

–Por aquel entonces comentamos si era posible que algo de lo que ocurrió durante el viaje hubiera sido el detonante.

–Pero llegamos a la conclusión de que no había sido más que una coincidencia –respondió Lily, que se revolvió incómoda en el asiento.

Los pantalones se le estaban clavando en la cintura y el suéter con cuello de V le daba demasiado calor.

–A esa conclusión llegaste tú –la corrigió la psicóloga–. Yo no llego a ninguna conclusión, Lily, solo te sugiero posibilidades para que las explores.

Lily se esforzó por quedarse quieta y evitar esos ojos que parecían capaces de verlo todo, pero quizá incluso aquel gesto le revelara algo a su psicóloga.

–Me has dicho que va a organizar la cena la noche anterior al homenaje, ¿no? –quiso asegurarse la psicóloga.

–Sí –contestó Lily–. Debe de haberse dado cuenta de que casi no había chicas invitadas. Caro no es de las que tienen amigas cercanas. Digo «chicas» porque «mujeres» me suena demasiado formal. No quiero que pienses que me sigo considerando una chica joven.

A veces Lily se sentía como si le estuviera sirviendo sus neurias a la psicóloga en bandeja de plata.

–Creía que habías dicho que solo te había invitado por lo del libro.

–No, ese es el motivo por el que me han invitado al homenaje. Lo de la cena no tiene nada que ver. –Comenzó a ponersele rojo el cuello; tenía mucho calor y se estaba estresando–. O puede que sí, no sé.

La psicóloga ordenó los papeles.

–Creo que nos estamos desviando del tema –comentó–. Dime, Lily, ¿tú qué quieres hacer?

–No lo sé.

Pero sí que lo sabía. Quería olvidarse por completo del tema; quería volver a llevar una vida tranquila sumida en el anonimato, como antes. Al ver el mensaje de Caro sobre la cena había creído que le estaba dando un infarto y se había hecho un ovillo en el suelo mientras esperaba a que le llegara la muerte o a que los oídos dejaran de zumbarle.

–¿Por qué crees que pienso que deberías ir? –le preguntó la psicóloga, con el tono más amable posible.

Ya habían hecho algo parecido la semana anterior. Lily estuvo a punto de levantar la mano.

–Porque crees que necesito reapropiarme de mi propia historia.

–Y volver a donde empezó todo. –La psicóloga se recostó y volvió a ponerse las gafas–. Sé curiosa, Lily. Explora cómo te sientes. Fíjate en cómo te hacen sentir los demás.

Lily ni siquiera soportaba la idea de tener que sentarse alrededor de una mesa con todos ellos.

La psicóloga se quedó mirándola, esperando una conformidad que Lily no quería manifestar. Transcurrieron varios segundos en silencio. A veces, para distraerse cuando la sesión se volvía demasiado intensa, Lily se imaginaba que su psicóloga daba un bote de repente y se ponía a hacer toda clase de locuras, que bailaba el *Gangnam Style* o que se convertía en una villana de dibujos animados que alzaba las manos hacia el cielo entre un mar de llamas ardientes mientras reía a carcajadas y le soltaba algo como: «¡Es tu oportunidad, Lily! Ponte a sacar mierda y encuentra la verdad. ¡Desata un infierno!».

Lily tuvo cuidado de que no se le reflejara en el rostro lo graciosa que le parecía la escena. Así que se quedó mirando a su psicóloga con la cara inexpresiva cuando ella le dijo:

–Eres mucho más fuerte de lo que crees, Lily.

–Yo no lo tengo tan claro.

ELLE

La invitación estaba aguardando a Elle Andrews cuando llegó a casa del trabajo. Después de abrirla, adoptó una mueca de asco con los labios rojos y la arrojó directa a la papelera.

Ese día tenía que vaciar el piso de su difunta hermana Sarah. Al meter la cabeza bajo el fregadero, donde olía a moho y a caca de ratón, Elle encontró otra botella de vodka triple destilado, de la marca Rachmaninoff, del Lidl. Había llegado a beberse la mitad antes de esconderla y olvidarse de ella. Elle la sacó de allí, se sirvió una taza y echó el resto por el fregadero.

—¿Qué coño haces? —le preguntó su hermano, que estaba fuera hablando por teléfono. Se asomó adentro por la ventana y le quitó el cuarto de botella que quedaba de las manos—. ¡Es de los buenos!

Elle no dijo nada, se limitó a apoyarse en la encimera de laminado desconchado y le dio un trago a la taza. Tenía una imagen del príncipe Guillermo y la princesa Catalina en uno de los lados; se trataba de una taza conmemorativa de la boda, de algún catálogo cutre.

Observó la habitación. Había tanto que limpiar. Las cortinas de tejido transparente amarillentas eran tan deprimentes que Elle fue hacia ellas y las arrancó. Aún fuera, su hermano hizo una mueca.

—¿Por qué has hecho eso? —Pero luego se distrajo con un vecino—. Buenas tardes, Phyllis. Sí, hemos venido a vaciar el piso. Muy triste, sí. De repente. No, si tienes razón, no era feliz. Venga, cuídate.

Elle puso los ojos en blanco. Su hermano podía hablar con cualquiera, pero no hacía nada útil. Decidió asomarse al salón para ver cómo iba su madre.

—¿Aún no has hecho nada? —Elle no podía creérselo; la estancia estaba tal y como la había dejado al marcharse. Había pilas de periódicos en todas las mesas, tazas y copas. Restos de la vida cotidiana—. Mamá, tenemos que organizarlo todo.

Pero su madre no la estaba escuchando. Había encontrado un antiguo álbum de fotografías y miraba las fotos de la infancia de sus hijos. Cuando alzó la mirada hacia Elle, esta vio que tenía las mejillas surcadas de lágrimas.

—Es horrible. No... No está bien que tus hijos se mueran antes que tú.

Elle se sentó a su lado en el sofá, le pasó el brazo por encima de los hombros y la abrazó con fuerza.

—Lo sé...

En realidad, Elle había llegado a fantasear con el día en que no tuviera que acudir corriendo a aquella casa y sentarse a oscuras a abrazar a su hermana mientras esta lloraba, con no tener que pasar más horas al teléfono hablando con el médico, con no tener que esperar a que llegaran las ambulancias, con no tener que limpiar ni cocinar ni comprobar cómo estaba. Sin embargo, por muy terrible que fuera la situación, por muy enferma que hubiera estado, por mucho que ya hubiera estado de luto por ella, a Elle aún le impactaba que su hermana no estuviera allí. Volvió a mirar a su hermano, que seguía pegado al teléfono en el pasillo, y luego a su madre, con su pelo lacio, que no dejaba mirar obsesivamente las fotos antiguas. Todo dependía de Elle. Aquellos dos no servían para nada. Aunque quizá debiera rendirse. ¿Acaso importaba que vaciaran la casa? Nada de lo que había allí pertenecía a la hermana que ella había conocido; no era más que un recordatorio deprimente de la persona en que se había convertido Sarah.

Elle se sentó, apoyó la cabeza en el sofá raído, se encendió

un cigarrillo y sacó el teléfono. Abrió el correo que le había mandado Lily Enfield.

Hola, Elle:

Solo quería saber si ibas a ir a la cena que ha organizado Caro antes del homenaje. En caso de que sí, me gustaría que fuéramos juntas... Tengo muchas ganas de que nos pongamos al día. Espero que estés bien.

Besos,

Lily

Se metió en Instagram mientras su madre sollozaba a su lado. Elle casi no subía contenido a sus redes, pero lo observaba todo; se convertía en una observadora distante pero adicta. Se había hecho una cuenta falsa (*las.tartas.de.belinda*) y se había puesto la foto de una mujer sonriente que mostraba una bandeja llena de *cupcakes*. Todo el mundo aceptaba sus solicitudes de seguimiento gracias a su imagen inofensiva.

Entró en el perfil de George Kingsley. No publicaba demasiadas fotos, y las pocas que subía eran *selfies* y textos en los que, aunque parecía mostrarse humilde, no dejaba de tirarse flores. Una foto en la que salía en un yate en el Mediterráneo, con el pelo mojado recogido hacia atrás y unas Ray-Bans con cristal de espejo en las que se reflejaba el iPhone: «Afortunado de poder sacar esta belleza. ¡A ver si me acuerdo de cómo se navega!»; o una foto en la que salía a horcajadas sobre una bicicleta en lo alto de una colina, sudando un maillot carísimo. «Uf, ¡lo logré! ¡No estoy tan en forma como antes!». De vez en cuando también subía alguna foto de Audrey, su mujer, que tenía el pelo castaño y el rostro en forma de corazón; normalmente la llamaba su «mujercita». A Elle le habría encantado cotillear el perfil de Audrey Kingsley, pero aún no había aceptado su solicitud de seguimiento.

En la última foto que había publicado George aparecía con Audrey y con su bebé recién nacido; lo poco que se veía del

salón mostraba un mobiliario de colores neutros muy estiloso. El bebé estaba envuelto en prendas azul claro y se agarraba con su manita al pulgar de George, que, en comparación, parecía inmenso. En el texto ponía: «Adoro a este pequeñín. ¡Es mi mayor logro!».

Elle no había querido ponerle nombre a lo que había sentido la primera vez que había visto la foto. Quería creer que no había sido más que desdén, pero sabía muy bien que también había habido un destello de envidia. Al volver a verla, sabiendo lo del homenaje (y sabiendo que George Kingsley tendría un papel crucial en él), sintió que el desdén se convertía en rabia. Tampoco ayudaba demasiado estar allí, entre los tristes restos de la vida de su hermana. Al comparar el salón blanco roto y elegante de George con el papel de pared amarillento y manchado por la nicotina de su hermana, le hervía la sangre.

A su lado, el teléfono de su madre comenzó a sonar y esta respondió en voz muy baja:

–Sí, lo sé, sí, enseguida vuelvo a casa. Estoy encargándome de las cosas de Sarah. Sí, sí, te lo prometo. –Cuando colgó, se giró hacia Elle y le dijo, avergonzada–: Darrell quería saber dónde estaba.

Elle lo odiaba. Darrell era un conspiracionista controlador que creía que la Tierra era plana y que todo el mundo estaba en su contra; era idéntico a casi todos los exnovios de su madre. Elle pensó en que el pijo ricachón de George Kingsley no se parecía en nada al terrible Darrell y, sin embargo, ambos habían contribuido a que Elle hubiera renegado de las relaciones amorosas.

Su madre pasó otra página del álbum, sin dejar de sorberse los mocos y enjugarse las lágrimas con la manga. A su lado, el teléfono no paraba de sonar con cada uno de los mensajes que le mandaba Darrell. Elle no lo soportaba más; ni la claustrofobia que sentía allí con su madre, rodeada de las pertenencias de su hermana, ni el hedor a lamentos y frustración.

Elle se levantó, regresó a la cocina y volvió a meter la cabeza bajo el fregadero para ver qué más encontraba allí, pero ya

no tenía las mismas fuerzas que antes. Le habría dado completamente igual si hubieran cerrado la puerta de la casa y se hubieran largado de allí. Se sentó en el suelo y releyó el correo de Lily sobre la cena que había organizado Caro antes del homenaje. Luego entró en el Instagram de Caroline («Caro» para las amigas) Carmichael. Sus cuadraditos reflejaban una vida elegante de la típica zona residencial. Fotos que se hacía cuando llevaba a los niños al colegio con unos pantalones de yoga azul marinos de buena calidad, con la melena larga pelirroja suelta y brillante, como sacada de un anuncio. Un rincón de su casa en el que se veía el nuevo carrito de bronce en el que guardaba lo necesario para preparar los cócteles, con sus copas de estilo *vintage*, sobre un fondo verde azulado de Farrow & Ball. Una foto repulsiva de un *#brunch* en la que se veían un montón de manitas que se abalanzaban a por unas tortitas de arándanos en una cafetería con luces de estilo *hipster* y obras de arte cutres.

Buscó el nombre de Travis por curiosidad y dejó escapar una carcajada. Se había puesto como un armario y se había llenado el cuerpo de tatuajes, y todas las fotos eran de él haciendo un millón de poses diferentes de yoga bajo distintos atardeceres. En su biografía ponía: «Travis Lawrence-Dixon | La fuerza está en la sabiduría | Ponte en contacto conmigo para hablar o para una clase».

Elle acunó la taza de vodka y pensó en la estatua que iban a erigir de Henry Bellinger; se imaginó a George y a Caro dando vueltas por la fiesta, engullendo canapés y bebiendo champán; a George adueñándose del micrófono, dispuesto a soltar un discurso adulador y conmovedor; a todos reunidos durante la cena que había organizado Caro, una cena a la que no la habían invitado porque no la consideraban digna de ello.

¿Por qué esa clase de gente podía vivir como le daba la gana? ¿Por qué tenían unas vidas resplandecientes y libres de responsabilidades? Elle intentó imaginarse una realidad en la que era a su hermana a la que immortalizaban en mármol, quien bebía *lattes* y vestía ropa de Lululemon, y no quien se había

suicidio a base de empinar el codo. Las injusticias de la vida la sacaban de quicio.

Pensó en lo muchísimo que disfrutaría haciendo estallar por los aires sus vidas perfectas. Pero entonces recordó lo que siempre decía uno de sus padrastros, Neal, el que vivía en Deal; que era mejor no remover el pasado. Elle se terminó el resto del vodka de un trago. Qué aburrida sería la vida así, ¿no?

ANTES

*Primer trimestre de segundo
Universidad de Oxford*

GEORGE

George Kingsley dejó las bolsas en el recibidor.

–¡Hola! –Acababa de terminar el entrenamiento de la pretemporada de remo en Lucerna. Estaba moreno, del color de las castañas, a causa del sol de finales de verano de Suiza, que se reflejaba en el agua. Se quitó las gafas de sol y miró la casa en ruinas—. No es ideal, ¿no?

La chica que estaba delante de él parecía tímida, llevaba unas gafas inmensas con monturas de carey y daba la impresión de que había nacido con un libro debajo del brazo. No era para nada su tipo, pero, cuando se presentó y le dijo que se llamaba Lily Enfield, se le ocurrió que quizá le resultara útil para la lista de ese año. La lista la publicaba el capitán del club de remo todos los años; el desafío del año anterior había sido acostarse con una chica de cada nacionalidad; una tarea casi imposible. El objetivo de aquel año era tirarse al abecedario entero. A George la lista le resultaba moralmente reprobable, y pocas veces escogía a las chicas tan solo para cumplirla, pero también le resultaba agradable tachar sus conquistas de ella. Acababa de empezar el trimestre y ya había tachado la «J» (Jessica, una chica muy maja del equipo de remo femenino) y no creía que fuera a tardar demasiado en hacer lo mismo con la «V» tras haber zanjado una discusión en la sala común de

los estudiantes de grado sobre sus privilegios con una chica que se llamaba Vickie ligando con ella.

—¿Ya están pilladas todas las habitaciones? —preguntó George, que observó el escaso mobiliario y las paredes recién pintadas.

En primero había tenido una habitación muy acogedora con baño propio; había sido casi como un segundo hogar. Sin embargo, en contraste, la de aquel año era, cuando menos, cutre: la pintura azul de la fachada del edificio de estilo georgiano se había desprendido, los marcos de las ventanas estaban podridos; en cuanto al salón, daba la sensación de que, antaño, durante la última época en la que la casa había estado habitada, había sido el escaparate de una tienda. Echó un vistazo hacia el final del pasillo y vio una cocina minúscula con unos armarios marrones con muy mala pinta. Menos mal que casi siempre comía en el comedor de la facultad.

La chica tímida, Lily, negó con la cabeza.

—Solo hemos escogido Travis y yo.

Las gafas se le resbalaron por la nariz. Las mejillas se le sonrojaban cada vez que abría la boca. George no podía creerse que fuera a compartir casa con ella. Cogió varias de sus cosas y la siguió por una escalera que no dejaba de crujir. Como dirían los chicos del club de remo, era una chica gamba: buen culo, pero qué pena de cara.

El pasillo olía a pintura y humedad. Había manchas blancas sobre la moqueta, y los bordes del cartel de la salida de emergencia estaban cubiertos por varios brochazos. George pasó junto a una puerta que había abierta en el rellano y saludó al chico que estaba tumbado en un colchón de matrimonio y lanzaba anillos de humo hacia el éter.

El chico se incorporó; tenía el pelo de punta y los ojos llorosos. Observó el conjunto de George: la camiseta del equipo internacional de remo, la bolsa enorme de Nike, la chaqueta del esmoquin en el portatrajes que le colgaba del hombro...

—Pareces un tío demasiado intenso para mi gusto —sentenció el chico, y luego volvió a tumbarse.

Daba la impresión de que en su cuarto no había nada salvo un portátil, un altavoz y la saga entera de Harry Potter sobre una estantería.

—Ese es Travis —comentó Lily, nerviosa, a su lado en el rellano—. Su habitación tiene unas vistas encantadoras.

George echó un vistazo a través de los seis cristales que conformaban la ventana. No le parecía que Travis fuera de los que apreciaban el campo pintoresco que se veía al otro lado de la calle, tras los pináculos de acero, ni tampoco el castaño de Indias o la farola ornamentada de estilo victoriano que se veía a través del cristal moteado. George ya conocía a Travis; el año anterior le había echado una mano, cuando George le había comprado unos esteroides a uno de los del equipo de *rugby* que le había jurado que no había forma de detectarlos en el cuerpo. Sin embargo, al chico lo habían expulsado tras llevar a cabo un test de drogas obligatorio. George jamás había sentido tanto miedo. Se había pasado toda la noche imaginándose cómo reaccionaría su padre cuando a él también lo expulsaran. Al final, después de quedarse en vela hasta las tres de la mañana, aterrorizado, George le preguntó a uno de los porretas de su curso si sabía de alguien que pudiera echarle un cable. Así fue como llegó a Travis, que le cobró cincuenta libras por hidroclorotiazida, un diurético que solo se podía comprar con receta y que servía para ocultar los rastros de drogas en el cuerpo. George se lo tomó y se desmayó por culpa de la deshidratación y los mareos durante el entrenamiento del día siguiente; y encima tampoco le llegaron a hacer el test.

Por lo visto iba a tener que vivir con ese desecho humano.

Pero ¿acaso le importaba? La verdad era que no mucho. George había ido a Oxford persiguiendo un único objetivo: participar en la regata Cambridge-Oxford. Era su destino. Los Kingsley representaban a Oxford. Se había pasado la infancia escuchando las batallitas de su padre y de su abuelo sobre los días gloriosos de las regatas. Tras derrotar a Cambridge, a ambos los habían nombrado Oxford Blues, el mayor honor que

se le concede a un deportista de Oxford. Los diplomas estaban enmarcados uno encima del otro en el salón, en la casa familiar de Devizes. Ya habían dejado un hueco para el de George, debajo de los otros. En primero, los demás candidatos habían sido buenísimos y George no había logrado entrar en el equipo. En cierto modo, aquello había resultado todo un alivio, ya que podía ir ganando experiencia mientras seguía pasándoselo bien por las noches y disfrutaba de ser un estudiante de primero sin tener que soportar tanta presión, porque ya era bastante complicado de por sí acostumbrarse a todas las horas que tenía que dedicarles a los estudios. Ese año, sin embargo, la cosa era distinta y ya no podía andarse con tonterías. Gran parte de los alumnos que llevaban más tiempo en el equipo se había graduado, y George tenía posibilidades de entrar; ese era su año. Iba a conseguir un puesto en el Blue Boat, la embarcación más importante de la regata contra Cambridge, aunque le fuera la vida en ello.

Alguien cerró la puerta principal de un portazo y las ventanas se sacudieron. Una pelirroja que llevaba vaqueros y un *crop top* y que iba envuelta en una nube de perfume subió las escaleras.

—Me niego. No entiendo cómo es posible que me esté pasando esto. ¿Cómo van a ponernos a todos juntos? Hemos pagado. Se supone que mi habitación tiene cuarto de baño propio. ¿Cuántos baños tiene este sitio? ¿Uno? Se están cargando la experiencia universitaria.

Era muy guapa; el pelo largo y rojo como el fuego, figura de reloj de arena, extremidades pálidas, labios perfectos para hacer mamadas. Toda ella desprendía confianza.

—Creo que lo que se ha cargado la experiencia universitaria ha sido el hundimiento que ha derrumbado la mitad de los alojamientos de los alumnos —comentó la chica callada, Lily, con un tono seco que George no se esperaba de ella.

Desde la cama, Travis dejó entrever una sonrisa mientras se encendía un segundo cigarrillo con el que se estaba acaban-

do. George se preguntó cuándo sería un buen momento para recordarle que no estaba permitido fumar allí.

La pelirroja no parecía haber oído el comentario de Lily. Puso una mueca y apoyó las manos en la piel expuesta de la estrecha cintura. Toda su atención iba dirigida hacia George, lo cual hizo que el chico sacara pecho de modo instintivo.

–Pero ¿qué clase de lugar es este? Menudo cuchitril; no me creo que nadie pueda vivir aquí. Han pintado las paredes de un edificio antiguo y se han quedado tan anchos. ¿Por qué nos ha tenido que tocar a nosotros? ¿Por qué los demás pueden vivir juntos en el edificio central?

George metió la bolsa y el portatrajes en el primer cuarto que pilló libre.

–No creo que los demás estén mejor. Parece que es todo un desastre. Por lo que he oído por ahí, la universidad ha tenido que sacar habitaciones de donde no las había. Hay gente que ha tenido que irse a varios kilómetros de aquí; diría que incluso hemos tenido suerte.

No parecía que la pelirroja fuera de las que consideraban que había tenido suerte.

–Dicen que solo será durante una temporada –añadió George, que había decidido cambiar de táctica–. En cuanto evalúen los daños estructurales, nos sacarán de aquí y nos dejarán volver al edificio central.

–Tío, ¿pero tú has visto el destrozo que hay? –dijo Travis con tono burlón.

–No –respondió George, poniéndose muy tieso–, la verdad es que no.

–Bueno, pues ve sacando los chinos de la maleta –le dijo Travis, que se dio la vuelta en la cama con las mejillas hundidas y una sonrisa–. No nos vamos a mover de aquí.

George vio por el rabillo del ojo que la chica tímida se había reído.

–Voy a hablar con el decano –dijo la pelirroja, que estaba que echaba chispas–. No puedo vivir con vosotros.

Un silbido grave los hizo callarse.

–Hostia puta, menuda pocilga –dijo alguien en un tono divertido, arrastrando las palabras.

La risa profunda y contenta que siguió a aquellas palabras pareció mejorar la situación al instante.

George se acercó a las escaleras para mirar hacia abajo, atraído por la confianza despreocupada de aquella voz. Casi se le escapó un grito cuando vio que se trataba ni más ni menos que de Henry Bellinger, que cerró la puerta principal de una patada y trató de abrirse paso entre el conjunto de maletas de la pelirroja, que estaban bloqueando la entrada. Henry se echó al hombro su inmensa mochila de lona para subir las escaleras; unas arruguitas de felicidad se le marcaron en los ojos al observar las grietas del techo y el papel de pared desgastado.

–¡Me encanta este sitio!

Dejó la mochila en el suelo cuando llegó al descansillo. Su alegría afable los hizo sentirse como *hipsters* pioneros en un barrio de mala muerte de las afueras de Londres, en vez de estudiantes de segundo que se lamentaban porque no tenían ducha privada.

George conocía a Henry del mundillo del remo. Habían competido entre sí desde que iban juntos al colegio, pero Henry apenas había reparado en la existencia de George. Lo más parecido a una amistad que había surgido entre ambos había ocurrido en el ritual de iniciación que organizaba el equipo de remo para los de primero, cuando a Henry lo habían obligado a lamer su propio vómito después de que hubiera tenido que beber varios mejunjes letales y repugnantes de unas cuantas botas de agua viejas. George le había dado una palmadita en la espalda para deseársle buena suerte.

George se descubrió a sí mismo sin palabras, asombrado por su presencia. De repente se imaginó un futuro vertiginoso en el que pertenecía al círculo de amigos de Henry.

A su lado, la pelirroja cambió de actitud en un abrir y cerrar de ojos. Tras echarse la melena por encima del hombro, la chica

dio un paso al frente con la espalda arqueada para que la tela del top con tirantes se estirara de forma seductora.

–Va a ser divertidísimo, ¿verdad? Todos aquí hacinados –le dijo, extendiendo la mano hacia él–. Hola, me llamo Caro.

–¿Eres nueva? –le preguntó Henry, entrecerrando los ojos para evaluarla–. Me extraña no haberme fijado en ti hasta ahora.

–No, no soy nueva –respondió Caro con una risita de falsa modestia–. A lo mejor es que no has estado fijándote en lo que deberías.

Travis rio por la nariz en el dormitorio.

Henry se asomó para ver quién había sido.

–¡Tío, Trav! No sabía que estabas ahí.

Por lo visto, los tentáculos de Trav se extendían hacia todas partes. Ver a Henry bastó para que el chico se levantara de la cama, se estirara los pantalones de chándal grises y se acercara a saludar.

Lily, la chica de las gafas, no se movió de las sombras. Había levantado la mano para saludar cuando Henry se había acercado a la puerta de Travis, pero nadie salvo George se había percatado de ello. Luego volvió a ignorarla cuando Henry miró hacia el siguiente tramo de escaleras desvencijadas y preguntó:

–¿Os importa si me pillo una de las habitaciones de la planta superior? Me gusta tener vistas.

–¡Claro que no! –respondió Caro–. Puedes ponerte al lado de la mía. –Subió las escaleras pavoneándose, guiñándole un ojo–. Así podemos admirar la ciudad juntos.

Sin apartar la mirada del culo de Caro, Henry se inclinó hacia el suelo para recoger esa mochila de lona de marca tan sumamente cara pero discreta. Le dio una palmada a George en el hombro, como si fueran amigos de toda la vida, y la susurró:

–Habrá que pelear por la C.

George sintió una ola de alegría. Renunciaría a todo el alfabeto de la lista de aquel año si con ello lograba ascender hasta ese círculo tan guay al que pertenecía Henry Bellinger.